

Las serpientes y la vida



MUCHOS TEXTOS autobiográficos tienen su origen en el deseo manifiesto de un escritor o de un dramaturgo de iluminar su obra mediante una indagación abierta en su vida personal (y pienso, por ejemplo, en una pieza magistral como es la *Linterna mágica* de Ingmar Bergman, concebida con esa intención). Cuando ese ejercicio autobiográfico, complementario a la obra e igualmente creativo, se lleva a cabo siendo su autor consciente de la trascendencia de su empresa –hacer explícito el cañamazo de la que surgió– el resultado puede ser magnífico. Lo es, sin reservas de ninguna clase, en el caso de las memorias de Francisco Nieva, *Las cosas como fueron*. Nada que ver con la retahíla de personajes y anécdotas de algunos libros, o con el relato puzguato y pusilánime de quien preserva los aspectos más conflictivos de su vida en la recámara del disimulo y la ocultación. Tratándose de Nieva además, un autor barroco y excéntrico (en el mejor sentido), resulta difícil imaginarse que el producto final de sus memorias sea un libro de contenido escueto. Por el contrario, el libro sobrepasa peligrosamente las 600 páginas de letra menuda a lo largo de las cuales Nieva se toma su tiempo para exponer los hechos de su vida y sobre todo la trama emocional en que se fundaron.

Las cosas como fueron se estructura en tres partes. La primera refiere su infancia y adolescencia manchega desarrolladas en una atmósfera cultural decimonónica y atrasada, aunque sólida en sus manifestaciones y apariencia. Hijo de padres maduros, su autor construye el relato de esos años cruciales de formación analizando el hecho de haber sido objeto de unos cuidados maternos excesivos e inapropiados:

¿qué necesidad tiene una pobre criatura de que le echen encima, como iniciación a la vida, la prolífica y muy pesada carga de una neurosis maternal sólo manifestada a caño libre y en secreto para el «hijo de sus entrañas»?

Teniendo en cuenta el dominio que su madre ejerció sobre él durante años se comprende muy bien la segunda parte del libro donde Nieva, lleno de confusión sobre sí mismo, contrae matrimonio en París

con una mujer, Genevieve Escande, con la que apenas encuentra afinidades. Es un casamiento llevado a cabo con disgusto de su parte y sólo para evitar la pobreza de la bohemia o el regreso a la España cerrada y castradora de los años cincuenta, perspectiva poco halagüeña para alguien con su hambre de mundo y su ambigüedad sexual. Acepta pues el matrimonio con una mujer de posición relevante en el mundo intelectual, viéndolo como una tabla de salvación —algo parecido ocurrió con Carlos Edmundo de Ory o Juan Goytisolo (los tres, por cierto, con resultados similares). Ya casado descubre Nieva en toda su plenitud los matices de su bisexualidad y se deja llevar por una vida de progresivo esnobismo que culmina en Venecia con aparatosas experiencias *mondaines* (la que cuenta del entierro de una escultura de Tinguely, *happening* al que asistió toda la pomada veneciana, empezando por Peggy Guggenheim, es francamente grotesca). En la tercera parte el lector asiste al nacimiento del escritor, una vez liberado de la insinceridad de sus sentimientos hacia Genevieve que le impedían aceptarse a sí mismo y concentrarse en ser lo que ya era, aun ignorándolo. El episodio de su ruptura matrimonial y su inmediato regreso a España es uno de los pasajes más vibrantes del libro y permite comprender que la autenticidad en un relato de estas características elude cualquier criterio moral, sólo hace referencia al ámbito de las relaciones íntimas.

Nieva combina el ejercicio autobiográfico —que domina la primera mitad del libro, con la búsqueda de unas líneas de fuerza que vinculen sus años infantiles a su evolución posterior— con el ejercicio propiamente memorialístico y, por ello, más volcado a la crónica que un hombre de teatro puede hacer de su experiencia vital y profesional.

Ahora bien, lo más notable de *Las cosas como fueron* es el *pensamiento autobiográfico* (el concepto y

la expresión son de Janette Rainwater y tienen que ver con la voluntad de dar un sentido coherente a la trayectoria vital). Está muy presente a lo largo del libro, incluso diría que constituye una relativa novedad, del modo cómo se formula, en el contexto hispánico. Da la impresión de que Nieva lleva mucho tiempo pensando en la historia de su vida, en las decisiones que ha tomado, en cómo hay que robar la felicidad a la desdicha. El resultado, decía, no es tanto una crónica de los sucesos vividos como un diálogo con el tiempo, un pensar el tiempo en la práctica de una existencia que se intenta comprender desde dentro.

Debo advertir que el argumento no puede ser más sencillo: *El que luego fue conocido escenógrafo y dramaturgo Francisco Morales Nieva, nacido el 29 de diciembre de 1924, muy especialmente iniciado por su propia madre en el cultivo de las Bellas Artes, dedicó la mayor parte de su juventud al empeño de hacerse admitir como artista plástico. En la raya de la madurez cambió repentinamente de oficio y se dedicó al teatro y a la literatura el resto de su vida. Se casó y divorció una sola vez.*

Así de simple. ¿Para qué más? Bueno. Pues por debajo de esa planicie corría un ancho río de serpientes.

Es un pasaje que puede leerse al comienzo de *Las cosas como fueron*, y una dura verdad. Nieva remonta en sus memorias ese río que le ha conducido, finalmente, a la plenitud.

Anna Caballé

Nota

^o Publicado en *ABC Cultural*, 28 de abril de 2002